

Tener razón no basta

Por Álvaro Pezoa

En política, como en tantas dimensiones de la vida, tener razón es importante. Pero no basta. Se puede disponer de un buen diagnóstico, sostener convicciones fundadas e incluso identificar correctamente aquello que debería hacerse y, sin embargo, no conseguir transformar la realidad.

La discusión que Chile mantiene sobre seguridad permite observarlo con claridad. Parece existir un acuerdo bastante extendido respecto de que enfrentamos una delincuencia diferente, más violenta y organizada, que desafía capacidades estatales concebidas para otra realidad. Las diferencias aparecen, naturalmente, cuando corresponde determinar qué instrumentos utilizar, hasta dónde debe llegar y cuáles son los resguardos necesarios para evitar excesos.

En la vida política es frecuente que podamos coincidir en los fines y discrepar acerca de los medios. Gobernar supone precisamente la capacidad de orientar voluntades diferentes hacia propósitos compartidos y hacer posible la acción común aun cuando no exista plena coincidencia acerca del camino que se debe seguir.

De ahí que una de las virtudes fundamentales de la política sea la prudencia, entendida en su sentido clásico: la capacidad de discernir con qué conviene hacer, aquí y ahora, para alcanzar un bien posible. La prudencia no reemplaza a los principios. Los necesita. Pero sabe también que estos deben encarnarse en circunstancias concretas, entre personas distintas y dentro de instituciones que establecen límites y procedimientos.

Esto supone distinguir los fines de los instrumentos. Hay cuestiones sobre las cuales no corresponde transar porque comprometen aquello que se considera esencial. Pero existen otras en las que resulta razonable modificar caminos, incorporar ideas ajenas o aceptar soluciones imperfectas. Confundir los medios con los principios puede conducir a una paradoja: conservar intacta la posición propia y dejar también inalterado el problema que se quería remediar.

Por eso el acuerdo no constituye necesariamente una claudicación. Puede ser, por el contrario, una manifestación de buen gobierno. Alcanzarlo exige escuchar, persuadir y también dejarse convencer. La buena política requiere personas capaces de defender con firmeza aquello en lo que creen y, simultáneamente, saber concordar para avanzar.

La cuestión emerge cada vez que una sociedad debe abordar asuntos complejos. Cuanto mayor es la dificultad, menos probable resulta que exista una solución enteramente satisfactoria para todos. Gobernar requiere combinar convicción con apertura, decisión con escucha, principios con realismo. Es un ejercicio permanente de prudencia orientado al bien común.

Quizás allí radique una de las enseñanzas más antiguas y, a la vez, más actuales de la política. Las buenas razones son indispensables. Pero quien participa en los asuntos públicos debe aspirar a algo más que demostrar que las tiene. Ha de contribuir a que, mediante ellas y junto con otros, sea posible hacer el bien.

Definitivamente, tener razón no basta.

[Pie de foto: Álvaro Pezoa, Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, Universidad de los Andes.]

Opinión

Edición papel digital

Llegar antes

Marigen Narea
Escuela de Psicología UC
Centro de Justicia Educacional



El gobierno presentó el plan "Chile Cuida a los Niños", una hoja de ruta 2026-2030 con 13 iniciativas de prevención y protección: expansión de Triple P, ampliación de Chile Crece Contigo, fortalecimiento del cuidado familiar para los niños más pequeños, hoy institucionalizados, y un sistema de información integrado entre instituciones. La ministra Wulf lo resumió bien: "como sociedad tenemos que llegar antes".

Llegar antes es exactamente lo correcto. Pero hay una pregunta que el plan todavía no responde: ¿cómo sabemos, en unos años, si efectivamente logramos llegar antes? Casi todo lo que promete un plan de infancia ocurre en el tiempo. Un programa de parentalidad no se juzga por las familias que atiende, sino por lo que pasa con esos niños después. Que un niño salga de una residencia no es un resultado; es el inicio de una trayectoria. Y la prevención, por definición, también se mide por lo que no ocurrió, algo que solo se vuelve visible con los años.

Ahí está la tensión de fondo: los planes se diseñan a cuatro años, porque así funciona el ciclo político, mientras que sus efectos aparecen mucho después. Para cerrar esa brecha, hace falta memoria.

El anunciado sistema de información integrado va en dirección correcta, pero hace algo distinto. Los registros administrativos indican a quién atendimos, cuándo y con qué programa. No dicen necesariamente cómo se desarrolla ese niño, cuándo empieza a abrirse una brecha, si una dificultad fue transitoria o se volvió persistente, ni qué ocurrió con ella años después. Para saberlo, hay que volver a preguntarles a las mismas familias y observar sus trayectorias.

Los registros son la fotografía; el seguimiento longitudinal es la película. Necesitamos las dos.

Chile ya hizo la parte más difícil. La Encuesta Longitudinal de Primera Infancia (ELPI) lleva 14 años siguiendo a miles de niños y sus familias, durante los cuales se han construido instrumentos, equipos y bases comparables entre rondas, y se ha fortalecido la confianza de las familias que han aceptado participar una y otra vez.

A diferencia de una encuesta, una infraestructura longitudinal es una inversión que se acumula. Cada nueva ronda aporta valor a las anteriores y permite responder preguntas que no existían al inicio del estudio. Si Chile quiere realmente llegar antes, la continuidad de la ELPI debería formar parte de esa estrategia a largo plazo, como infraestructura pública que permita identificar dónde están las brechas, cuándo aparecen, qué políticas logran reducirlas y cuáles necesitan ser corregidas. Interrumpir ese seguimiento significaría perder parte del valor acumulado y debilitar precisamente la capacidad que el país necesita para evaluar sus políticas de infancia desde una perspectiva de largo plazo.

Un país que se propone llegar antes también necesita saber si llegó antes. Y para eso no basta con actuar: hay que medir, seguir y aprender. Las políticas de infancia necesitan recursos y voluntad. Pero también necesitan algo que suele ser escaso en la política pública: memoria.

Tener razón no basta

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad
Empresarial, ESE Business School,
Universidad de los Andes



En política, como en tantas dimensiones de la vida, tener razón es importante. Pero no basta. Se puede disponer de un buen diagnóstico, sostener convicciones fundadas e incluso identificar correctamente aquello que debería hacerse y, sin embargo, no conseguir transformar la realidad.

La discusión que Chile mantiene sobre seguridad permite observar con claridad. Parece existir un acuerdo bastante extendido respecto de que enfrentamos una delincuencia diferente, más violenta y organizada, que desafía capacidades estatales concebidas para otra realidad. Las diferencias aparecen, naturalmente, cuando corresponde determinar qué instrumentos utilizar, hasta dónde deben llegar y cuáles son los resguardos necesarios para evitar excesos.

En la vida política es frecuente que podamos coincidir en los fines y discrepar acerca de los medios. Gobernar supone precisamente la capacidad de orientar voluntades diferentes hacia propósitos compartidos y hacer posible la acción común aun cuando no exista plena coincidencia acerca del camino que se debe seguir.

De ahí que una de las virtudes fundamentales de la política sea la prudencia, entendida en su sentido clásico: la capacidad de discernir qué conviene hacer, aquí y ahora, para alcanzar un bien posible. La prudencia no reemplaza a los principios. Los necesita. Pero sabe también que estos deben encarnarse en circunstancias concretas, entre personas distintas y dentro de instituciones que establecen límites y procedimientos.

Esto supone distinguir los fines de los instrumentos. Hay cuestiones sobre las cuales no corresponde transar porque comprometen aquello que se considera esencial. Pero existen otras en las que resulta razonable modificar caminos, incorporar ideas ajenas o aceptar soluciones imperfectas. Confiar en los medios con los principios puede conducir a una paradoja: conservar intacta la posición propia y dejar también inalterado el problema que se quería remediar.

Por eso el acuerdo no constituye necesariamente una claudicación. Puede ser, por el contrario, una manifestación de buen gobierno. Alcanzarlo exige escuchar, persuadir y también dejarse convencer. La buena política requiere personas capaces de defender con firmeza aquello en lo que creen y, simultáneamente, saber concordar para avanzar.

La cuestión emerge cada vez que una sociedad debe abordar asuntos complejos. Cuanto mayor es la dificultad, menos probable resulta que exista una solución enteramente satisfactoria para todos. Gobernar requiere combinar convicción con apertura, decisión con escucha, principios con realismo. Es un ejercicio permanente de prudencia orientado al bien común.

Quizás allí radique una de las enseñanzas más antiguas y, a la vez, más actuales de la política. Las buenas razones son indispensables. Pero quien participa en los asuntos públicos debe aspirar a algo más que demostrar que las tiene. Ha de contribuir a que, mediante ellas y junto con otros, sea posible hacer el bien. Definitivamente, tener razón no basta.

LT latercera.com

Declaración de Intenciones en
www.gruposopu.cl/declaracion
Impreso en Santiago por Copus S.A.

Atención a suscriptores
en su correo virtual
latercera@latercera.com



SANTIAGO DE CHILE |
AÑO 77

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido o
cobertura del diario a:
lectores@latercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión
máxima de 1400 caracteres con
espacios a:

lt@latercera.com

o: Avenida Apoquindo 4660, Santiago.
La tercera se reserva el derecho a editar los
textos y ajustarlos conforme a sus estándares
editoriales, en particular respecto a la
exigencia de un lenguaje respetuoso y sin
discusiones. Las cartas recibidas no
son devueltas.

ESPACIO ABIERTO

La política exterior de Milei

Javier Sajuria
Profesor de
Ciencia Política
Queen Mary University



La política exterior argentina bajo el mandato de Javier Milei ha sido menos errática de lo que algunos creen. Las distintas declaraciones sobre reabrir la disputa sobre la soberanía de las Malvinas o del Estrecho de Magallanes no son pulsiones antojadizas, sino que obedecen a una reconfiguración profunda de lo que ha sido la diplomacia argentina desde su retorno a la democracia. Esto responde a una visión de las relaciones internacionales que se basa en una serie de principios como el rechazo a la multilateralidad, la preferencia por los liderazgos personales

sobre las relaciones institucionales, y el alineamiento ideológico con los que considera sus aliados más fuertes.

Milei ha sido definido como un populista libertario, lo que se traduce en una combinación entre una concepción de las élites como corruptas ("la casta"), sumado a la preferencia por liderazgos personalistas por encima de las instituciones del Estado. En términos de política exterior, los liderazgos al estilo de Milei han tendido a la centralización de las decisiones por encima de las políticas de Estado, concentrando la decisión en el gobierno de turno. Asimismo, prefieren las alianzas basadas en la afinidad personal e ideológica por encima de los mecanismos multilaterales. Otro aspecto, es el uso de la política exterior como mecanismo para movilizar la opinión pública a nivel doméstico.

Si tomamos estos distintos elementos, podemos entender por qué el Presidente argentino y su gobierno han cambiado de forma significativa la política exterior trasandina. Por ejemplo, una de las claves de su mandato ha sido un antileitismo global, alejando a Argentina de instituciones como la ONU, el Mercosur o la OMS. Esto ha ido acompañado de un claro escepticismo sobre las posturas

científicas sobre cambio climático.

En términos de sus alianzas, Milei ha preferido una combinación de alineamiento ideológico y estratégico, pero con líderes particulares, no con Estados. Eso explica que a pesar de que comparte matriz ideológica con Kist y el gobierno chileno, su postura estratégica es privilegiar su cercanía con figuras que percibe más poderosas, como Trump y Netanyahu. Milei no tuvo problemas en volver a poner el tema de las Malvinas en el tapete, entre otras cosas, porque sabe que Trump está molesto con el Reino Unido, y el mismo mandatario norteamericano ha puesto el destino de las islas en el tapete. Asimismo, pareciera que no tiene problemas en poner en duda la soberanía del Estrecho de Magallanes, porque se sabe apoyado por Trump.

Milei ha hecho todos estos cambios a costa del beneficio de su país, su agenda es personalista. Así, ha desarmado un servicio exterior que tenía una capacidad y reputación envidiables en la región, para reemplazarlo por sus cercanos. Asimismo, ha debilitado la relación con uno de sus aliados comerciales más importantes, China, para caerle en gracia a Trump. Lo de Milei es consistente con el egoísmo propio de su liderazgo.